

## Entrevista: Los desafíos de la intervención social y los límites de las ciencias sociales. Una conversación con César Rendueles

The challenges of social interventions and limits of social sciences: a discussion with César Rendueles

Luis Nogués Sáez

Queríamos que esta entrevista fuera una conversación entre compañeros de trabajo, preocupados por la enseñanza y el aprendizaje siempre, pero sobre todo en estos momentos convulsos. En primer lugar, quiero agradecerle el que hayas accedido a realizar esta entrevista para la revista Cuadernos de Trabajo Social.

**En la presentación de este nuevo libro tuyo te defines “como un hombre de mediana edad, europeo, heterosexual, con un puesto de trabajo estable en un sector laboral relativamente prestigioso”. Sé que ir más allá de estos cuatro rasgos te produce cierto rubor, pero creo que comprenderemos mejor tus escritos si compartes con los lectores aquellos elementos de tu historia de vida, de tu núcleo de afectos, de la tierra que te vio crecer, de tu familia y tus amigos que han estructurado los comportamientos de tu existencia, incluido la vida intelectual y las opciones políticas.**

Me crié en Asturias en los años ochenta, una época socialmente muy conflictiva en la que, como resultado del ingreso de España en la Unión Europea, se desmanteló la industria que era la base de la vida económica del norte de España. Es algo que suena abstracto pero que en el aquel momento era muy vivencial, un poco como los problemas de la vivienda hoy. Muchísima gente a mi alrededor se vio afectada no sólo por la pérdida del empleo sino por el fin de una forma de vida que articulaba la política, las relaciones de afinidad o las expectativas vitales. Mi formación política, a principios de los años noventa, tuvo bastante

que ver con ese paisaje social, en el que las organizaciones políticas y sindicales tradicionales estaban viviendo un proceso acelerado de descomposición o, al menos, de contracción. En aquellos años participé activamente en el movimiento de insumisión, que creo que, para lo bueno y para lo malo, fue una especie de laboratorio de los movimientos sociales que vinieron después.

Estudí Filosofía en la Universidad Complutense y, al terminar, conseguí un contrato predoctoral de investigador. Mi círculo académico era, sobre todo, el de los profesores de mi facultad más cercanos a la tradición marxista, como Carlos Fernández Liria o Montserrat Galcerán; pero también tuve una relación estrecha con sociólogos críticos como Fernando Álvarez-Uría o Julia Varela. Tras leer la tesis no conseguí ningún puesto de profesor y, en cambio, encontré casi inmediatamente un empleo muy absorbente en el sector privado, concretamente, en el mundo editorial y de la mediación cultural. También buena parte de mi activismo de esos años estaba centrado en ese ámbito de la intervención cultural y el conocimiento libre, a través de Ladinamo, una asociación bastante caótica, pero donde aprendí mucho.

Al cabo de un par de años conseguí una plaza de profesor asociado en la Facultad de Sociología de la Universidad Carlos III y, a partir de ahí, fui encadenando contratos de asociado, primero en la Universidad Carlos III y después en la Facultad de Sociología de la Complutense. Compatibilizar la docencia con una actividad laboral principal compleja y la crianza de mis hijos se me hacía cada vez más cuesta arriba y acabé por renunciar a la docencia; pero,

por un azar absurdo, apenas dos meses después de despedirme de la universidad, acabé consiguiendo de rebote un puesto de profesor ayudante en la Facultad de Trabajo Social, donde he enseñado Sociología a tiempo completo los últimos diez años. En ese tiempo he publicado unos cuantos libros y, además, he seguido muy de cerca todo lo que ha pasado en la política española desde el 15M, intentado ser un compañero de viaje leal de algunas de los movimientos sociales que han ido surgiendo.

**Son muchos los temas sobre los que nos interesa conversar contigo, pero en especial queremos “exprimirte” en cuestiones más directamente relacionadas con el Trabajo Social: cómo fue tu cambio de disciplina, tu paso de la filosofía a la sociología y tu posterior incorporación a la tarea docente, en una Facultad como la de Trabajo Social, siempre considerada por los sociólogos como una actividad menor llevada a cabo por mujeres y que únicamente precisaba cariño y ternura.**

Para mí llegar a la Facultad de Trabajo Social fue importante porque me obligó a replantearme mi relación con las ciencias sociales. Hasta entonces había conseguido mantenerme en un terreno híbrido en el que me sentía cómodo, a caballo entre la epistemología, la historia de las ideas y la teoría sociológica. ¿Latour es un sociólogo o un filósofo? ¿Y Foucault? Al llegar a Trabajo Social me obligué a mi mismo a dar un giro y asumir que si me iba a dedicar a las ciencias sociales, explicando sociología a gente interesada fundamentalmente en la intervención, entonces tenía que profundizar en el trabajo empírico, en las tripas de aquello sobre lo que teorizaba. Fue una cura de humildad, porque ha implicado reconocer y enfrentarme a mis propias lagunas intelectuales. O sea, que para mí ha sido un poco al revés: el Trabajo Social me ha llevado a la ciencia social más “dura”.

**Hay un viejo debate que pone de manifiesto un cierto complejo en relación a otros estudios de las ciencias sociales, como son la Sociología y la Psicología, y que suele reaparecer en el mundo que rodea al Trabajo Social, sobre si se trata de una disciplina científica o si es una tecnología ¿qué opinas?**

Me parece que ese es un debate que tiene un fuerte componente legitimador más que epistemológico. Lo que yo pondría en duda es que la Psicología o la Sociología sean para nada científicas en el sentido que se sugiere en esa clase de taxonomías. Quiero decir, esa distinción es imposible no para el Trabajo Social sino para todas las ciencias sociales. Se ve un poco más claro en el Trabajo Social porque es un campo centrado primariamente en la intervención, pero pasa exactamente lo mismo en Ciencia Política o Economía. No creo que el Trabajo Social sea más aplicado o “tecnológico” que, por ejemplo, las ramas de la Economía dedicadas a las políticas públicas.

Creo que, en general, todas las ciencias sociales son praxeologías. Son saberes científicos en el sentido de que cumplen con estándares de rigor, su objetivo es aumentar nuestro conocimiento, establecen diferencias claras entre la verdad y falsedad y cuentan con una serie de reglas del método; pero su estructura lógica ni se parece ni se puede parecer a la de las ciencias en sentido estricto. Por eso son siempre saberes polémicos: para cualquier problema en ciencias sociales tenemos al menos dos buenas respuestas, normalmente más. Por lo mismo, creo que los saberes aplicados basados en esos conocimientos **ni siquiera** son tecnologías, como sí ocurre con la Medicina o la Ingeniería, en todo caso son más bien artesanías. Suelo recordar a mis estudiantes que el único trabajo que tuvieron Marx, Polanyi o Gramsci fue el periodismo y esa fue una influencia importante en su obra. Se lo suelen tomar a broma, pero lo digo muy en serio. Para mí la distancia que hay entre el Periodismo y la Sociología o la Historia tiene que ver más que con los tiempos de entrega y cuestiones pragmáticas relacionadas, por ejemplo, con los mecanismos de evaluación que con un corte epistemológico radical.

**Tu presencia en una Facultad de Trabajo Social es interesante porque eres representativo de la llegada de profesores y profesoras que no forman parte del estrecho mundo de la profesión y que, al no estar vinculados ni ideológica ni políticamente a la iglesia católica, hegemónica muchos años en la profesión, puedes aportar una mirada con otros hilos ideológicos y teóricos.**

Bueno, no estoy seguro de esos efectos positivos. A veces me tropiezo con profesores pro-

cedentes de otros campos con una mirada un poco condescendiente sobre la intervención social. El problema no es sólo que esas perspectivas sean injustas o antipáticas sino que no ayudan a que los estudiantes entiendan que la práctica del Trabajo Social genera conocimientos propios que resultan elusivos para otro tipo de miradas. Muchos trabajadores sociales tienen conocimientos de realidades que a otras disciplinas les cuesta llegar y, a menudo, se pierden porque no encuentran un código epistémico en el que expresarlos. Es algo que ha quedado muy claro allí donde sí se han establecido campos de trabajo comunes, como en los debates sobre pobreza y exclusión. Por eso me resulta descorazonador cuando leo trabajos de estudiantes que intentan imitar el lenguaje, el bagaje teórico o las estrategias argumentativas de la psicología cognitiva, el derecho, la teoría sociológica o la politología porque no encuentran una forma expresiva propia y eso les lleva a desaprovechar sus propios conocimientos y experiencias. La verdad es que no creo en las fronteras disciplinares en ciencias sociales. La diferencia entre historia, economía, psicología creo que tiene más que ver con las tradiciones institucionales que con la existencia de objetos epistemológicos de suyo diferenciados.

**Llevas ya algunos años de relación con el mundo académico del Trabajo Social: ¿qué asignaturas has impartido? y ¿con qué te quedas de la relación que has mantenido con los alumnos?**

He impartido tanto asignaturas troncales de primero, como optativas de último curso y de máster; he dirigido muchos TFG y TFM y ahora mismo dirijo varias tesis doctorales. O sea, que creo que tengo una perspectiva más o menos amplia de estos estudios que, por otro lado, me resultan bastante peculiares. Por una parte, el Grado en Trabajo Social es muy vocacional, casi nadie se mete a esto si no está convencido y a lo mejor por eso es seguramente la Facultad donde he visto una relación más cordial entre los miembros de la comunidad educativa. Por otra, los estudiantes suelen ser receptivos al tipo de contenidos teóricos que imparto, pero sólo en la medida en que perciben que tienen alguna relación directa o indirecta con la intervención. Por eso a menudo he sentido que “negociaba” las asignaturas, que las iba adaptando curso a curso a un punto in-

termedio en el que tanto mis estudiantes como yo nos sentíamos razonablemente incómodos, que me parece una buena manera de dar clase. Una cosa que me ha pasado mucho es que me he encontrado con gente muy involucrada en la intervención, a menudo a través del voluntariado, desde muy joven. Chicas y chicos de veinte años que saben sobre problemas sociales o la realidad empírica de las políticas públicas, cosas que a muchos sociólogos talluditos ni les suenan. He intentado proporcionarles herramientas teóricas y conceptuales para elaborar y potenciar ese bagaje. No sé muy bien lo que habré conseguido...

**Has formado parte de un equipo docente ¿cómo ha sido tu relación con el resto de profesores y qué te ha llamado más la atención en el día a día?**

En general me he sentido apreciado y bien tratado. No es algo que haya dado por sentado porque a menudo tengo cierta sensación de intrusismo profesional, de que me estoy metiendo donde no me llaman. Siempre hay conflictos, claro, pero creo que muchas veces los magnificamos. En las universidades es muy habitual el narcisismo de las pequeñas diferencias, damos demasiada importancia a microdisputas por auténticas idioteces. Pero la verdad es que eso es algo que ocurre en todos los centros de trabajo. Como me gané la vida muchos años fuera de la universidad en trabajos realmente agotadores y conflictivos apreció mucho la libertad y las condiciones laborales que tenemos aquí. Me cuesta mucho reconocerme en la cultura de la queja en la que veo instalados a algunos compañeros. Como si en vez de funcionarios con un buen salario y unas condiciones comparativamente envidiables fuéramos trabajadores esclavos de una mina de coltán. Dicho esto, creo que nos enfrentamos como profesores a una cierta descomposición institucional de la educación universitaria. Cada vez carecemos más de un proyecto común que preservar y mejorar y eso incrementa tanto la desafección como los microconflictos.

**Es frecuente escuchar a los trabajadores sociales que son “agentes de cambio social”. A mi juicio, este tipo de discurso oculta el verdadero valor de la profesión que no es otro que prestar ayuda a aquellos sectores,**

**a aquellas personas, cuya situación objetiva y/o subjetiva dificulta sus posibilidades de vivir correctamente, como “Dios manda”, en la sociedad tal y como es. El gran valor del trabajo social, según este punto de vista, es adaptar a las personas, ayudarles a que tengan comportamientos tolerables para las concepciones dominantes en materia de educación, sexualidad, escolaridad y salud.**

Es un viejo debate, ¿no? En general, creo que la grandeza y la limitación de las instituciones es que son conservadoras. Una institución es básicamente un conjunto de normas heredadas del pasado que transmitimos al futuro. El valor de la práctica institucionalizada es que nos ayuda a conservar aquello que merece la pena conservar. La universidad, por ejemplo, es el lugar donde a lo largo de quinientos años hemos cuidado de valores relacionados con el conocimiento y la investigación. A mí me parece que exigir a la educación, la sanidad o el trabajo social que sean agentes de cambio es pedirles demasiado, es cargar a esas instituciones con una mochila excesivamente pesada. Lo que pueden hacer las instituciones es, en todo caso, dejarse arrastrar por dinámicas amplias de transformación social o, al menos, no obstaculizarlas. En ese sentido, creo que el trabajo social puede formar parte de cambios sociales en marcha y, por supuesto, debe estar abierto a la autocritica y a la reforma interna. Puede y debe atacar sus autocomprensiones más conservadoras para acompañar, así, los procesos de transformación social que se están dando y no, como ocurre a veces, ser un obstáculo a esas dinámicas. Porque, eso es lo que cuestionaría del planteamiento de tu pregunta, no creo que exista exactamente “la sociedad tal y como es”. Los planteamientos hegemónicos y las prácticas marginales o contraculturales son dos extremos entre los que hay un amplio margen de maniobra.

**Hay quien considera benévola esta mirada sobre el trabajo social y adopta posiciones más críticas. Para esta mirada, el trabajo social en España degrada a los usuarios, les incapacita para comprender la situación y les dificulta la organización de una respuesta autónoma individual y social, canalizando la solidaridad hacia formas compasivas e impidiendo que se articulen comunidades políticas contrahegemónicas.**

No creo que sea un problema específico del Trabajo Social. En general, cualquier organización burocrática, como la sanidad o la educación, tiene esa potencialidad oscura y deshabilitadora. Esa era la tesis de Iván Illich y creo que tenía una parte de razón. Las organizaciones burocráticas son maquinarias extraordinarias que permiten hacer cosas increíbles; pero, por eso, mismo también son peligrosas. Renunciar a ellas me parece una locura, tienen aspectos muy positivos que forman parte de nuestra autocomprensión social como miembros de sociedades modernas e ilustradas. La burocracia tiene mucho que ver con la igualdad de trato democrática y universal. No creo que haya ninguna solución más allá de establecer mecanismos contingentes para limitar la tendencia oligárquica e irracional de la burocracia.

**Hay numerosas investigaciones sobre los factores que influyen en la elección de estudios universitarios en Trabajo Social. Tengo delante la tesis doctoral de M<sup>a</sup> Concepción Azpeitia Armán, de 2019. Entre sus conclusiones he extraído un párrafo que me parece especialmente significativo: “Las personas que eligen trabajo social son en su mayoría mujeres con un origen social por debajo del que tiene el conjunto de estudiantado universitario y, por lo general, presentan trayectorias en zigzag. Todas ellas hablan de un desconocimiento y una mala imagen del trabajo social en el entorno. El eje central mediante el que se explica la motivación hacia el trabajo social es el deseo de ayuda”(pp. 11-12). El estudio realizado por Carla Cubillos Vega, en 2015, sobre los estudiantes de primer curso de Trabajo Social contiene algunos datos sobre el perfil académico de las y los estudiantes que van en la misma línea y recoge algunos indicadores que complementan la información: el porcentaje, cuya vía de acceso a los estudios fue un Ciclo Formativo Superior, supera el 35%; la mediana de la nota de acceso a la titulación de todas las personas encuestadas fue de 6.9; los estudios de trabajo social fueron la primera opción solo para el 64,7%; en relación al componente vocacional-social se apreció que el 99,1% manifestó una actitud positiva hacia el voluntariado. ¿Qué interpretación haces de estos datos, qué te sugieren en relación a la tarea docente con este alumnado**

## **y cómo puede influir en el papel social de la profesión de Trabajo Social?**

El año pasado unos compañeros de Sociología hicimos un estudio comparativo sobre la autopercepción y la situación socioeconómica real de los estudiantes en distintos grados. Las diferencias entre los estudiantes de Trabajo Social y los dobles grados con mayor nota de corte era brutal. Lo más impresionante no era tanto la diferencia de renta familiar, que también, como las diferencias en capital cultural: el número de libros que había en las casas, el nivel de estudios de los padres y las madres... Creo que los docentes tenemos la responsabilidad de tener en cuenta esas diferencias de entrada y poner en marcha distintas estrategias para mitigarlas. Por ejemplo, ese “deseo de ayudar” que mencionas suele estar basado en la experiencia, mucha gente llega al Grado después de haber conocido alguna clase de intervención de los servicios sociales en su entorno cercano. A mí me parece que ese es un buen material con el que trabajar en clase. Por ejemplo, un día estábamos en clase haciendo un ejercicio sobre las diferencias de renta en España y yo les ponía como ejemplo un hogar de una pareja con dos hijos en la que ambos ganaran el salario mínimo. A ellos les parecía que eran una familia normal: “Es que 1.800 euros es un montón de dinero”, me decían. En casi cualquier otro Grado pasa exactamente lo contrario, que tienden a considerar que la normalidad son ingresos mucho más altos y a infravalorar los problemas económicos de la mayoría de la gente.

**Lo que me parece más grave es que oculta la subalternidad de una profesión cuyos componentes son mujeres, en su gran mayoría procedentes de una clase obrera que mantiene la esperanza de abandonar sus filas para incorporarse a las clases medias. Me interesa muchísimo tu opinión porque creo que el lugar que ocupo y mi trayectoria simplifican mi punto de vista.**

Sí, gran parte de los estudiantes de Trabajo Social son chicas de clase trabajadora y eso supone una diferencia enorme respecto a otros muchos grados universitarios. Me encuentro con muchos estudiantes que son los primeros de su familia en llegar a la universidad; pero creo que tenemos que esforzarnos por no ca-

ricaturizar esa realidad que es más intrincada de lo que a veces imaginamos. Nuestros estudiantes tienen motivaciones complejas, no meramente aspiracionales. De hecho, tengo la sensación de que se ha producido un cambio generacional y los motivos aspiracionales hoy pesan menos en nuestros estudiantes que antes. Tal vez hace años mucha gente entendía el Grado en Trabajo Social, por decirlo de una manera muy antipática, como una preparación para las oposiciones. Hoy creo que eso es algo que sigue ahí, pero tiene menos importancia que antes. Un efecto de la precariedad laboral es que la gente vive la carrera de maneras más abierta y sin esperar que le lleve a un resultado práctico claro. No quiero dulcificar para nada los problemas laborales, que son terribles, pero tampoco deberíamos reducir a nuestros estudiantes a su situación material.

**¿Qué es lo que te ha salvado de convertirte en un profesor almidonado? evocando unas palabras de la carta que Gramsci dirigió a su mujer, Julia Schucht, en 1924.**

Bueno, no estoy seguro de haberme salvado de eso para nada. De hecho, hay un tipo de profesor ultraempático, un poco como el de *El club de los poetas muertos*, que me produce mucho rechazo. Creo que es una personalidad docente de efectos tóxicos, cuya motivación es mucho más el narcisismo que la docencia. Cada vez creo más en la profesionalidad y menos en la vocación, la verdad. Si tengo que pensar en un juicio laboral negativo que me podría hacer sentir mal es que alguien dijera de mí que soy un mal profesional. En cambio, puedo sobrellevar que alguien piense de mí que en clase soy autoritario, aburrido o antipático.

**Volviendo a tu último libro, he de reconocer que me chocó que de la pluma de un escritor con tu trayectoria saliese un alegato *Contra la igualdad de oportunidades*. ¿Qué te llevó a elegir este título?**

Es una provocación para cuestionar, ya desde el título, la asimilación generalizada de los proyectos igualitaristas con la meritocracia. Creo que es una derrota política de proporciones catastróficas. Hemos renunciado al igualitarismo finalista, es decir, a la idea de dar a la gente no lo que se merece sino lo que necesita.

Y nos hemos conformado con una especie de control antidoping social que esperamos que haga la competición más justa; porque eso, y no otra cosa, es la igualdad de oportunidades. La igualdad de oportunidades, tal y como la entendemos hoy, es un proyecto meritocrático, o sea, un modelo de circulación de las élites, tal y como lo entendía Pareto.

**En el libro pretendes aportar argumentos razonados y sensatos que faciliten un acuerdo sobre un supuesto bien común que permita lograr que un número máximo de personas puedan tener “la buena vida”; pero ¿no te parece que dichos acuerdos son imposibles? Es más, el conflicto de intereses es el “tábano” del pensamiento que, como decía Dewey, “sacude nuestra pasividad de ovejas” y, por otro lado, tal y como expresa Simone Weil (2020), “Las luchas entre conciudadanos no surgen de la falta de comprensión o de buena voluntad; se deben a la naturaleza misma de las cosas” (2020, p.106).**

Al contrario, creo que los consensos en torno a la buena vida, al menos en términos materiales, a menudo emergen espontáneamente en cuanto dejamos de fomentar artificialmente la competencia. La idea de clase media surgió originalmente no como un impulso aspiracional sino como un horizonte de buena vida sustantiva y “suficiente”, alejado tanto de la miseria como de la opulencia de las clases altas. Creo que a la gente le produce un rechazo instintivo no sólo la subalternidad sino también el estar por encima de los demás. Por eso en las encuestas del CIS prácticamente nadie se autodefine como de “clase alta” o incluso de clase “media-alta”. Hace falta una violencia antropológica descomunal, una ortopedia mercantil y consumista inmensa para domar esa repugnancia por la desigualdad material. Es una idea que deberíamos elaborar y utilizar políticamente para crear grandes mayorías sociales comprometidas con esos ideales igualitaristas, porque la crisis ecosocial va a provocar en un plazo históricamente breve un proceso de contracción de las economías de proporciones cataclísmicas. Las limitaciones de la conflictividad material basadas en el aumento constante de la capacidad productiva absoluta, en la idea de que se puede mejorar la situación de los que peor están al mismo tiem-

po que se mantienen las desigualdades, tienen los días contados. Por la cuenta que nos trae, más nos vale ser capaces de encontrar algún ideal de vida buena compartida materialmente austera porque la alternativa es alguna forma de ecofascismo distópico.

Otra cosa completamente distinta son las formas de vida, las experiencias y las subjetividades. Esa es la pluralidad de la que hablan Dewey y Weil. Las sociedades democráticas e ilustradas implican de suyo la posibilidad de conflictos y antagonismos entre distintas comprensiones de en qué consiste una vida digna. Es cierto que hay ciertos proyectos igualitaristas, lo que Marx llamaba despectivamente el “comunismo de la envidia”, que tratan de coartar esa conflictividad. La conformidad de grupo es una amenaza que cualquier propuesta emancipadora tiene que tomarse muy en serio. Pero la homogeneidad no es un resultado inevitable del igualitarismo. Al contrario, el igualitarismo universaliza las posibilidades de autodespliegue personal que las sociedades elitistas restringen para unos pocos.

**Al leer tu panfleto he vuelto a alguna de las reflexiones de Norberto Bobbio sobre la igualdad y la desigualdad. Su punto de vista es que la esencia de la distinción entre la derecha y la izquierda es la diferente actitud que las dos partes muestran frente a la idea de igualdad: aquellos que se declaran de izquierdas darían mayor importancia en su conducta moral y en su iniciativa política a lo que convierte a los hombres en iguales, o a las formas de atenuar y reducir los factores de desigualdad; los que se declaran de derechas estarían convencidos de que las desigualdades son un dato ineliminable y que, al fin y al cabo, ni siquiera es deseable su eliminación. Por lo tanto, la derecha estaría más dispuesta a aceptar lo que es natural y aquella segunda naturaleza que es la costumbre; el *artificialismo* (1995, pp. 146-147) de la izquierda tendería a considerar que el hombre es capaz de corregir tanto la una como la otra. Las dificultades de la izquierda para convencer a las mayorías sociales ¿tendrían que ver con este *artificialismo*?**

Bobbio recoge una posición muy habitual que me parece completamente equivocada. En primer lugar, la autoidentificación de la izquierda con el constructivismo es un error

histórico que, como ha señalado Peter Singer, deberíamos revisar urgentemente. Tenemos contraejemplos, el caso más conocido es el de Kropotkin, de lo potente que puede resultar incorporar la noción de naturaleza humana a las teorías emancipadoras. Porque la idea de que la naturaleza humana, y la naturaleza animal en general, tiende a la desigualdad y al conflicto sencillamente carece de sustento científico, como ha demostrado de forma incontrovertible la etología de las últimas décadas. Lo que nos convierte en iguales o desiguales es tanto nuestra naturaleza compartida como la intervención política. De hecho, los humanos somos mucho menos jerárquicos que la mayoría de los primates: el igualitarismo está profundamente inscrito en nuestra historia evolutiva. Por eso la desigualdad relativa, ni siquiera la miseria absoluta, genera una enorme cantidad de problemas sociales: disminuye la esperanza de vida, aumenta la prevalencia de trastornos mentales, genera delincuencia... La desigualdad nos violenta a un nivel muy profundo y produce toda clase de malestares. Por otra parte, ese bagaje natural igualitarista necesita cuidado político y social permanente, no florece espontáneamente. Pero es que, además, ni siquiera creo que la derecha necesariamente esté condenada a defender el elitismo. Hay también un igualitarismo de derechas cuyo rasgo distintivo, como ha señalado Jonathan Haidt, es la preocupación por la compatibilidad de la igualdad y la responsabilidad, el esfuerzo y las normas sociales compartidas. Y esa, por cierto, creo que es una lección importante para cualquier proyecto emancipador: la igualdad no es sólo un sistema de derechos sino también, tal vez ante todo, un sistema de obligaciones compartidas.

**Algunos creemos que si el Ingreso Mínimo Vital se consolida nos encontraremos ante un nuevo hito histórico, al igual que lo fue, hace 30 años, la aprobación de las Pensiones no Contributivas de la Seguridad Social. Una primera cuestión que me interesa es saber tu opinión sobre la filosofía de contra-prestación que subyace en el hecho de que se supedite el cobro de la prestación económica al cumplimiento de los programas de inclusión social. Y una segunda cuestión, es cómo explicar que, a seis meses de su aprobación y en una situación de emergencia social, solo haya cobrado la ayuda menos**

**del 10% del millón de personas que lo han solicitado.**

Comparto tu valoración, me parece un hito importantísimo. Personalmente, creo que es un primer paso en la dirección de la incorporación a nuestra legislación fundamental de la garantía de la subsistencia material como un derecho efectivo. La supeditación de las ayudas a ciertos exámenes que sólo se aplican a la gente que se encuentra en una situación de necesidad me parece un lastre del que hay que ir desprendiéndose. Suelo explicarles esto a mis estudiantes, poniéndoles como ejemplo la paternidad. Si alguien hiciera un examen a los padres primerizos antes de entregarles a sus hijos, la inmensa mayoría se quedaría sin ellos. Por fortuna, eso no ocurre. En cambio, basta que seas pobre y necesites ayuda para que estés sometido a la sospecha permanente de que hay algo que no sabes hacer como padre, madre o ciudadano.

Y precisamente porque este paso es tan importante resulta escandalosa la situación en la que nos encontramos, muy similar a lo que ya ocurrió con la ley de dependencia. La puesta en marcha del ingreso mínimo vital está siendo tan catastrófica que cuesta trabajo creer que se deba a la pura torpeza y no haya una intencionalidad política. Hay una lección importante que deberíamos extraer y es la superioridad de las predistribuciones en esta clase de ayudas. Se debería haber dado la ayuda a todo el que la solicitara y hacer un examen *a posteriori* de las solicitudes, incluso estableciendo alguna penalización para los casos de mala fe manifiesta. Por cierto que así se procedió con los expedientes de regulación de empleo temporal (ERTE), sin que a los empresarios se les exigiera ningún tipo de “programa de inclusión” para justificar las ayudas. Pero claro, eso exige tener un aparato burocrático bien engrasado. Alguna gente ha criticado que la demora en las ayudas ha tenido que ver con el exceso de burocracia, en el papeleo endiablado que hay que cumplimentar. Yo lo veo al revés. Lo que ha habido es un déficit burocrático, una carencia descomunal de personal que ayude se ocupe de cursar las solicitudes asegurándose de que llegan a quien más lo necesita y después de tramitar todo eso con agilidad.

**En 2016 mantuviste una sugestiva conversación con Joan Subirats, que se publicó en**

**forma de libro, acerca de Los (bienes) comunes (2016) y la sociedad contemporánea. Su contenido me pareció muy interesante y me ayudó a tener una visión más optimista sobre el potencial político del concepto de “lo común”, sobre el que habíamos sido tan críticos en un artículo escrito con Teresa G<sup>a</sup> Giráldez, titulado de “Seducidos por lo común”. En un momento de la conversación planteabas que se da: “una falta de defensa desde el ámbito estatal del terreno de lo público, lo que genera una confusión entre lo público y lo institucional o estatal” (p. 109). Cuando lo leí tuve la sensación de que era un planteamiento idealista el esperar del Estado que fomente una división entre lo público y lo estatal.**

Lo que quería decir es que, en realidad, tal vez deberíamos entender la distancia entre lo común-tradicional y lo público-estatal como un continuo. Desde las posiciones más antiestatistas se desconfía de lo público porque se concibe como una maquinaria burocrática blindada a cualquier modulación democrática. Pero lo público es más amplio y dúctil que eso, del mismo modo que lo común puede tener aspectos muy negativos y reaccionarios. Hay instituciones públicas que tienen dimensiones democráticas y participativas. De hecho, hay organizaciones no estatales que perfectamente pueden ser entendidas como públicas por su carácter abierto y universalista. A mí me parece que, por ejemplo, hay cooperativas que se parecen más a organizaciones públicas que muchas organizaciones del estado.

**En otro momento de la conversación Subirats trae a colación, de manos de Silvia Federici, la relación entre el ámbito de lo común y el de los cuidados; por tu parte añades unas reflexiones que en las que planteas que “los cuidados simplemente no son electivos. Todos hemos sido cuidados y seguramente lo volveremos a ser en algún momento de nuestras vidas. La codependencia forma parte de nuestra naturaleza y solo mediante un gigantesco esfuerzo ideológico llegamos a imaginarnos autónomos”(2016, p. 107).**

**En aquel momento el ámbito de los cuidados parecía tener un gran potencial transformador sobre la vida cotidiana de las personas, pero hoy el mercado nuevamente ha**

**arrebatado su potencial y lo ha empaquetado en forma de mercancía. Seguro que te suena ese anuncio con el que nos despierta cada mañana la radio ofreciendo el cuidado en su domicilio a los mayores: CUIDEO.**

Yo diría que lo que ha ocurrido es que la crisis de los cuidados capitalista, que durante mucho tiempo había estado contenida por la exclusión de las mujeres del trabajo asalariado formal, ha estallado y es ya completamente ineludible. Se pone de manifiesto en la imposibilidad de tener hijos de gente que desea tenerlos, en una amplia serie de malestares y problemas relacionados con la crianza, en dificultades para lidiar con la enfermedad y el deterioro físico y, por supuesto, en la desatención e invisibilización de las personas dependientes. Cuando se da una crisis de tal magnitud lo que ocurre es que distintas fuerzas antagónicas se posicionan en ese terreno en disputa. Las élites capitalistas lo están haciendo, claro, buscando nuevos nichos de mercado. La extrema derecha también, tratando de aparecer como protectores de la familia. Creo que las fuerzas progresistas hemos desaprovechado la posición privilegiada que tenían en este terreno, porque lo cierto es que fuimos los primeros en señalar el problema y en proponer soluciones. Las razones de que hayamos perdido esa ventaja estratégica son complejas. En parte tienen que ver, en mi opinión, con lastres del pasado relacionados con la desconfianza hacia las relaciones familiares como si fueran de suyo un semillero de represión. No creo que la batalla esté perdida pero sin duda se ha complicado mucho.

**En una entrevista que te hizo Lucía Méndez hace dos años, decías que no eras partidista y que lo que te importaba era que hubiese fuerzas transformadoras que hiciesen este país más igualitario. Te expresabas en términos de correlación de fuerzas. ¿Cómo crees que se puede contribuir a desarrollar esas fuerzas del cambio?**

Lo que quería decir es que a mí me vale lo que funcione y movilice a la gente, se llame Podemos, Más Madrid, los Comunes o lo que sea. Creo que el ciclo político tan tumultuoso de los últimos diez años ha tenido un coste inmenso para las fuerzas del cambio. Veo a mi alrededor un cansancio inmenso. Pero sí creo que hay algunas lecciones que podemos extraer e inten-

tar aplicar pensando en el futuro. Por ejemplo, que la organicidad que garantice la existencia de reglas claras para el debate y el conflicto leal es insustituible: las organizaciones basadas en el liderazgo carismático o marcadas por el faccionalismo tienen muy corto recorrido. Otro elemento importante es que sin una masa social que obligue a los cargos electos a tomar decisiones arriesgadas y los respalde, cuando sufran ataques mediáticos, es muy difícil hacer nada. También que la izquierda tiene un déficit brutal de cuadros técnicos que dificulta mucho intervenir en la estructura del Estado. A veces digo en broma que la mejor contribución al cambio que un joven de izquierdas puede hacer es opositar a abogado del Estado. Por último, la gran carencia de este ciclo, tan clamorosa que casi ni se ve, es nuestra incapacidad para hacer absolutamente nada en el terreno laboral. La nueva política ni siquiera ha puesto un pie en los centros de trabajo.

**Hay una cuestión que planteó Bauman en su libro, *Daños colaterales*, que me gustaría saber qué piensas. Considera que el “Estado social” ya no es viable y que sólo “un planeta social” puede hacerse cargo de las funciones cumplidas por dichos estados sociales; para afirmar, a continuación: “serán las organizaciones y asociaciones no gubernamentales extraterritoriales y cosmopolitas las que llegan directamente a las personas necesitadas” (2011, p. 40). ¿Piensas en una alternativa radical a la sociedad actual?**

Creo que el asunto del declive de los estados nación fue una idea común durante mucho tiempo, pero fue una idea común básicamente equivocada. Los estados nación son los principales agentes económicos en todos los países que no se encuentran en una situación virtual de anarquía. Las funciones redistributivas que siguen desempeñando los estados sencillamente no tienen comparación con nada que se haya creado fuera de ellos, ni en el ámbito del mercado ni de la sociedad civil. Un asunto diferente es la pérdida de soberanía popular a causa de los procesos de globalización. Y es cierto que la recuperación de esa soberanía es muy complicada de impulsar desde un único país. Pero la idea de que las organizaciones no gubernamentales están en condiciones de desafiar a base de buena voluntad y altruismo el poder de las grandes estructuras financieras me

parece sencillamente delirante. En todo caso, creo que tendríamos que pensar que clase de instituciones transnacionales necesitamos para impulsar un cambio que desafíe el poder de las grandes empresas. En Europa tenemos la suerte de contar con un esqueleto institucional, la Unión Europea, que hasta ahora ha estado completamente degradado por la servidumbre al capital financiero, pero que podría remar en la dirección contraria.

**En la reciente investigación realizada en septiembre de 2020, por la Universidad Complutense de Madrid y otras cuatro Universidades, titulado *Los Servicios Sociales ante la pandemia, desafíos y respuestas hacia la nueva normalidad*. Entre las ideas clave se recoge que: “La mayoría de los centros de Servicios sociales ha optado por el teletrabajo, utilizando la fórmula adecuada a la disponibilidad de dispositivos electrónicos... y haciendo uso...de Zoom, WhastsApp, Skype, o Slack” (p. 11). Más adelante se afirma que toda la atención presencial se ha ralentizado o pospuesto; así como se han suspendido todos los programas que implican reuniones de grupo y trabajo social comunitario. ¿Qué oportunidades abre la toma de conciencia de la importancia de la digitalización en la gestión de prestaciones sociales y qué riesgos pueden derivar de ello?**

En general, en el ámbito digital se acentúa mucho un sesgo cognitivo que consiste en sobredimensionar los procesos de ruptura y pasar por alto las continuidades e inercias. No creo que la digitalización implique de suyo o necesariamente grandes cambios. Muchas veces lo que hace es acelerar e incrementar procesos ya en marcha. Concretamente en este campo que mencionas creo que la digitalización ha aumentado la desatención a ciertos colectivos. Pero sería completamente equivocado pensar que ese es un problema tecnológico relacionado con la brecha digital. Había niños en los colegios a los que se dejaba atrás antes de que se vieran en sus casas desconectados del ritmo de la clase por no disponer de un ordenador o fibra. La digitalización ha acelerado, visibilizado y concentrado una realidad cotidiana y ya antigua: la aceptación social como algo normal del fracaso escolar. En el caso de los servicios sociales pasa lo mismo. Quien necesita

la atención presencial se ve marginado. Pero la razón es que ya lo estaba antes del proceso de digitalización. Hay algunas excepciones, claro, pero en general creo que aquellos a los que consideramos víctimas de la digitalización son, en realidad, los sospechosos habituales de siempre. Usamos la tecnología o bien como un remedio mágico que todo lo solucionará o bien como un chivo expiatorio para eludir nuestra responsabilidad.

**Al preparar esta entrevista, he recordado el libro que escribió tu padre, Guillermo Rendueles, sobre El manuscrito encontrado en el manicomio de Ciempozuelos (1989) y me ha surgido la idea de que, tal vez, el tema de las instituciones totales en algún momento ha podido ser un tema de conversación con él. Hay una cuestión tremenda que ha saltado a la luz con la pandemia. Me refiero a las residencias de personas mayores y los miles de muertos que han tenido lugar en ellas. Sus muertes no han hecho sino poner encima de la mesa una realidad más profunda: las residencias como instituciones totales que, con frecuencia, se convierten en “invernaderos” en donde se almacena y se institucionaliza a las personas, perdiendo éstas la individualidad.**

Las políticas del envejecimiento son uno de los grandes debates que tenemos que afrontar como sociedad. De repente es un asunto que nos ha estallado en la cara con el COVID y no es para menos. Más de la mitad de las muertes por Covid se han dado en residencias de mayores. Pero, como en otros muchos ámbitos, creo que la pandemia lo que ha hecho es amplificar un problema que viene de lejos y que no se limita, como a veces se dice, a la privatización. Claro que la mercantilización del cuidado de los mayores a menudo ha sido prácticamente delictiva, pero el problema es el modelo general. Las residencias son, como decía Joseba Zalakain, una extraña mezcla de cuartel, hospital y hotel, pero en ningún caso se han pensado como hogares. La realidad que nos negamos a afrontar es que con-

denamos a los mayores a pasar sus últimos años en lugares en los que nadie querría vivir por voluntad propia. Es un tema muy delicado porque enseguida hay gente que se siente atacada, pues le parece que cualquier crítica a las residencias implica una culpabilización de quienes, por el motivo que sea, no pueden o no quieren asumir el cuidado de sus familiares mayores. Lo cierto es, que aunque no haya una fórmula mágica para solucionar esos problemas, sí se pueden dar pasos en la buena dirección con medidas que son casi de sentido común. Por ejemplo, se podría obligar a que las residencias tengan un tamaño reducido y estén en los centros urbanos, de forma que los mayores que acudan allí no tengan que abandonar su espacio de socialización. Ahora mismo, la ubicación de muchas residencias sigue exactamente la misma lógica que la de las cárceles: están en medio de ninguna parte, lejos de cualquier mirada y donde el suelo es barato. Pero por encima de todo lo fundamental es asegurarnos de que las residencias son una última opción, y de que ponemos todos los recursos públicos para maximizar la vida autónoma de los ciudadanos mayores. El problema, creo yo, no es la ausencia de proyectos o experiencias que avanza en esa dirección sino que esos proyectos cuestan dinero.

**¿Hay algo, para finalizar, que quieres decir a los lectores de la revista Cuadernos de Trabajo Social?**

Creo que algo que he aprendido colaborando con esta revista, durante ya unos cuantos años, es que defender la relevancia científica del Trabajo Social no se debería confundir con las reivindicaciones corporativistas, o con la creación de idiolectos académicos supuestamente técnicos. Al contrario, pienso que deberíamos trabajar todo lo posible por derruir las fronteras entre disciplinas cuya separación tiene más que ver con la organización administrativa en departamentos y facultades que con criterios científicos. Y las revistas académicas pueden desempeñar un papel muy relevante en este proyecto.

## Referencias bibliográficas

- Bauman, Zygmunt (2011). *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. México: FCE.  
 Bobbio, Norberto (1995). *Derecha e izquierda*. Madrid: Taurus.

Subirats, Joan y Rendueles, César (2016). *Los (bienes) comunes ¿Oportunidad o espejismo?* Barcelona: Icaria.

Weil, Simone (2020). *Opresión y Libertad*. Barcelona: Página indómita.

Luis Nogués Sáez  
Universidad Complutense de Madrid  
lnogues@ucm.es